

CARTAS AL DIRECTOR

Sanidad pública

Por uno de esos avisos que da la vida, la última semana de mayo fui a dar con mis huesos en una cama del Hospital Río Hortega. Y en mi soledad llegué a dos conclusiones que nunca deberíamos olvidar. Primero, y evidente, que no sabemos lo que tenemos hasta que nos falla: la salud; y segundo, que no sabemos con lo que contamos hasta que lo necesitamos: nuestro sistema sanitario. Habitualmente, y con razón, maldecimos la demora en la atención en los centros de salud, la tardanza para acudir a un especialista o realizar una prueba médica, las largas listas de espera para una cirugía o el deterioro de la sanidad en el área rural. Todo mejorable, y en ello deberían estar los políticos y responsables de este quehacer. Pero no son muchas las voces que elogian las instalaciones, el equipamiento, el moderno aparataje y, sobre todo, la labor, la paciencia y el cariño en la atención (en especial hacia los enfermos más ancianos) de los sanitarios en todos sus niveles, desde los de la cinta amarilla (médicos) a los de la roja (celadores), desde la azul (enfermeros) hasta la verde (técnicos de cuidados auxiliares). Y eso debe ser valorado. Como cientos de personas al año, entré una tarde por Urgencias, donde, sí, hay que esperar (porque la atención inmediata para todos es imposible) y donde tras unas primeras analíticas me derivaron a Neurología. Salvo para saber mi nombre, nadie me preguntó si era agricultor, letrado o periodista; vallisoletano o bilbaíno; autónomo o pensionista; pobre o pudiente. No hubo pie a posibles discriminaciones. Empezó entonces un periplo por una serie de servicios médicos a cuál más fascinante por su tecnología y la especialización de sus sanitarios, y por unas pruebas que te permiten oír el potente sonido de tu sangre al paso por la carótida, escrutar el interior de tus ojos o ver desmenuzado tu cuerpo a martillazos en la enigmática nave de la resonancia magnética. Por fortuna, el grave problema que me llevó al hospital va camino de solución gracias a la medicación y el saber y buen hacer de neurólogos y enfermeros, seguro que extensible a todos los servicios médicos de la comunidad. Ojalá no tenga que utilizarlos nunca más, pero si así fuera sé que, cuando es cuestión de vida o muerte, ahí está una sanidad pública acogedora y resolutive –también perfectible en muchos aspectos–, y unos ángeles de blanco, adornados de colores, a los que prometo estar agradecido.

JUAN CARLOS LEÓN